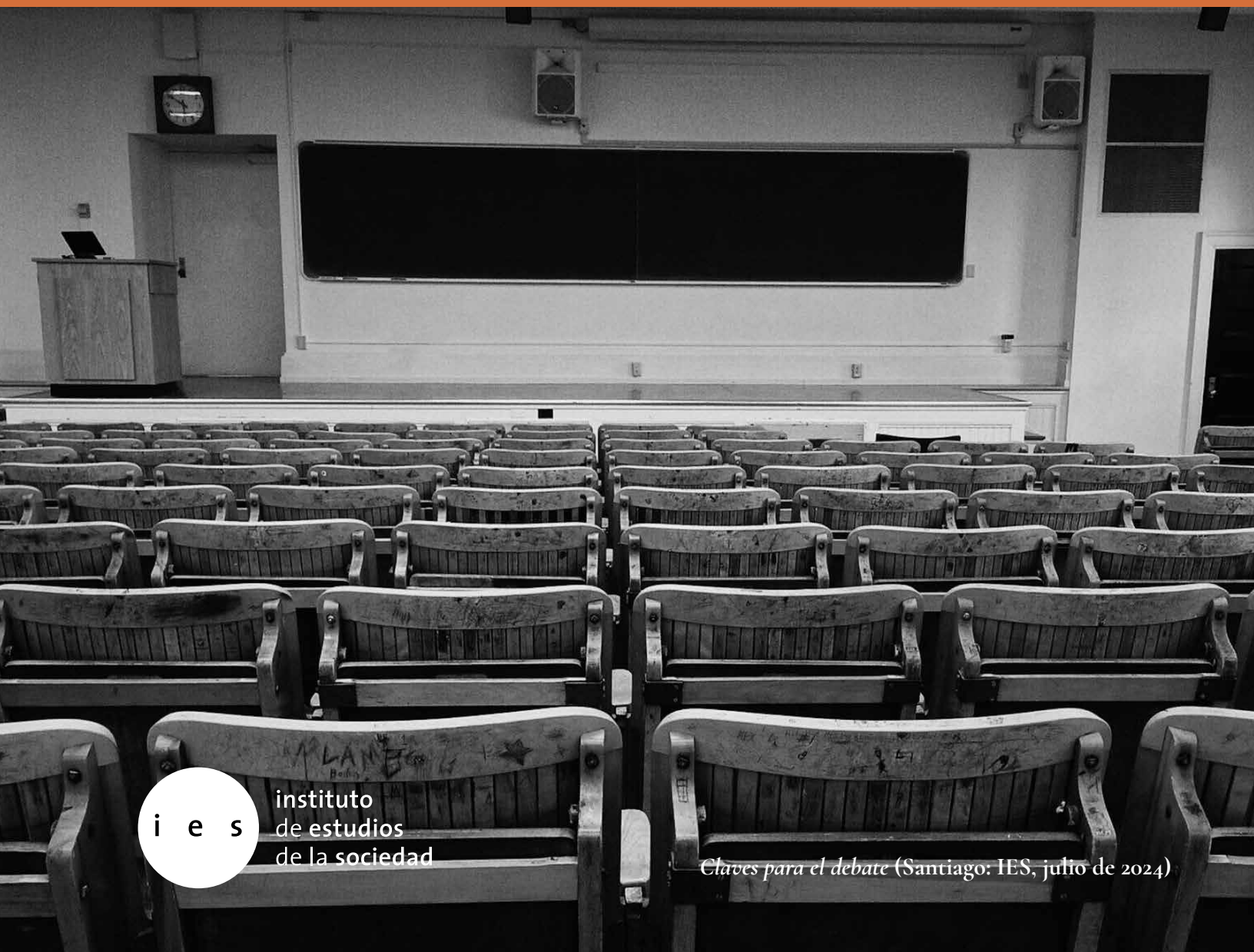


Cultura de la cancelación y universidad

— 4 CLAVES PARA EL DEBATE

Manfred Svensson



i e s

instituto
de estudios
de la sociedad

Claves para el debate (Santiago: IES, julio de 2024)

Cultura de la cancelación y universidad

— 4 CLAVES PARA EL DEBATE

1

La llamada “cultura de la cancelación” continúa expandiéndose y marcando la vida contemporánea, tanto a nivel global como local. Este fenómeno ha afectado distintas esferas de la sociedad, impactando especialmente un espacio donde el intercambio de ideas es fundamental: la universidad.

2

Esta cultura emerge en sociedades que creen haber dejado la censura atrás y se caracteriza por una serie de rasgos singulares. Entre ellos, que estas nuevas formas de censura provienen con frecuencia desde “abajo”, en lugar de originarse en la autoridad política.

3

Aunque la cancelación no siempre se logre, sus efectos sobre la autocensura son masivos. Se acentúa así la homogeneidad del mundo académico y se agudiza la brecha entre universidad y sociedad.

4

La tendencia a la cancelación no debe explicarse de modo primordial por sus raíces intelectuales, aunque estas sean importantes, sino más bien por elementos de nuestra cultura, como la paternidad sobreprotectora y una persistente confusión sobre los fines de la universidad.

Introducción

El 7 de noviembre de 2023, Sergio Micco, exdirector del INDH, fue increpado por alumnos que exigían su salida de un recinto universitario tras realizar una exposición sobre el daño que la violencia política trae a la democracia. La demanda de los estudiantes —“¡Tiene que irse!” “¡Que se vaya, que se vaya!”— era una patente confirmación de los problemas que Micco abordó en su charla.

Una situación similar vivió cinco años antes el escritor Rafael Gumucio, quien en 2018 se vio forzado a redactar una disculpa pública tras criticar las tomas feministas que por entonces paralizaban varias universidades. Ese mismo año, José Antonio Kast fue golpeado y expulsado de la Universidad Arturo Prat en Iquique.

A fines de mayo de este año, la profesora Gladys Briceño de la UMCE fue denunciada por una alumna como sionista —acusación que resultó además ser infundada—, y un grupo de alumnos solicitó, en consecuencia, su desvinculación.

Aunque no son casos idénticos, en todos subyace una tendencia que en otras tierras ha tenido una influencia masiva y que amenaza de modo serio nuestra cultura académica y política. No hace muchos años que se habla de la “cultura de cancelación” para tratar estos asuntos, aunque la censura ha atravesado la historia humana y la discusión algo más estrecha sobre “corrección política” también ha sido parte de la controversia cultural y académica de las décadas recientes. Hace más de veinte años, el escritor estadounidense de origen judío Philip Roth retrataba en *La mancha humana* la historia de un

profesor perseguido por la administración universitaria tras designar a dos alumnos con un término cuya connotación racista ignoraba. Desde entonces, las historias análogas se cuentan por cientos, y durante la última década el fenómeno ha adquirido rasgos más regulares.

Tanto en el debate global como en el nacional, sin embargo, diversas voces han minimizado el desafío que esta cultura representa. No se trataría, sostienen, de una realidad masiva, y en cualquier caso afectaría a figuras que pretenden mantenerse libres de toda crítica y que se victimizarían a pesar de gozar de innumerables espacios para continuar difundiendo sus opiniones. Esta evaluación parece desconocer las características y ramificaciones de esta cultura de la cancelación. El objetivo del presente documento, por tanto, es ofrecer un panorama general del fenómeno, su naturaleza, alcance y causas, permitiendo así un balance más serio de los riesgos que conlleva. A lo largo del documento privilegiamos el foco en la universidad, pero subrayando su repercusión sobre el resto de nuestra cultura.

1. La realidad de las cancelaciones

Comencemos por establecer la magnitud del fenómeno. No es misterio que el clima de las universidades, en particular las norteamericanas, cambió de modo significativo en la última década: se ha vuelto un hecho común y cada vez más frecuente la cancelación de debates o la revocación de invitaciones a expositores. Las posiciones objetadas están lejos de ser solo las relacionadas a la clásica ortodoxia cristiana o al conservadurismo político, e incluyen hoy hasta las posturas de izquierda más convencionales. Tesis del todo triviales, como que Estados Unidos es un crisol en que se mezclan las culturas, o que un trabajo lo debiera conseguir la persona mejor calificada, pueden meter en problemas al que las profiere.

Algunos ejemplos de una década atrás nos recordarían las variadas razones por las que la cancelación ocurre. En algunos casos, se trata de conferencistas

invitados que serán rechazados por lo que representan: no por sus tesis, sino por su visión política, la Universidad de Rutgers retiró su invitación a alguien como la exsecretaria de Estado Condoleezza Rice (2014). En otros casos, se trata simplemente del choque entre un profesor y la cultura predominante en el campus. Es la historia, por ejemplo, de Erika Christakis, que hasta 2015 era profesora de educación en Yale. Después de que la universidad enviara un correo a sus alumnos instándolos a no usar disfraces de Halloween que puedan constituir burlas o apropiaciones indebidas de otras culturas, Christakis sugirió a los alumnos juzgar por sí mismos sobre ese tipo de materias. La reacción hostil de los estudiantes a su correo y la falta de respaldo de la universidad llevaron a su renuncia¹.

En ocasiones, son las tesis de un profesor las que son tratadas como inadmisibles. Feministas críticas del feminismo predominante, por ejemplo, pueden dar por sentado que sus conferencias serán interrumpidas (así le ha ocurrido a Christina Hoff Sommers, Kathleen Stock y Camille Paglia, entre otras). Carole Hooven, una joven profesora de Harvard, es un ejemplo reciente en la lista de profesores cancelados por su reconocimiento del binarismo sexual en un ambiente proclive a olvidarlo.

Naturalmente, este clima se extiende más allá de discusiones sobre el rumbo general de la cultura y toca la naturaleza misma de lo que se enseña. Un caso destacado ocurrió en 2014, cuando se le sugirió a un profesor de Harvard evitar hablar de situaciones en las que se “viola la ley”, porque la palabra “viola” era demasiado fuerte para sus alumnos. Algunas organizaciones estudiantiles, de hecho, solicitaron que se deje de enseñar la legislación sobre la violación². A la luz de este ambiente, un profesor escribía en 2015 que “soy un profesor liberal [en el sentido norteamericano] y mis alumnos liberales me aterran”³.

1 “Yale Lecturer Resigns After Email on Halloween Costumes” en *New York Times*, 7 de diciembre de 2015. http://www.nytimes.com/2015/12/08/us/yale-lecturer-resigns-after-email-on-halloween-costumes.html?_r=0

2 Jeannie, Suk Gersen, “The Trouble with Teaching Rape Law” en *The New Yorker*, 15 de diciembre de 2014. <http://www.newyorker.com/news/news-desk/trouble-teaching-rape-law>

3 Edward Schlosser “I’m a Liberal Professor and my Liberal Students Terrify Me” en *Vox*, 3 de junio de 2015. <http://www.vox.com/2015/6/3/8706323/college-professor-afraid>

Ahora bien, esta evidencia podría parecer anecdótica y el ejemplo de la violación un extremo irrelevante. ¿Representan tales casos algo decisivo en el gigantesco mundo de la educación superior? No todos son igualmente pintorescos, pero el impacto acumulado es significativo. De ahí que hablemos de una “cultura” y no de cancelaciones aisladas. Según *The Canceling of the American Mind*, el más reciente libro que estudia el fenómeno en Estados Unidos, un 16% de los profesores reporta haber sido investigado por sus dichos, y se han registrado más de 1000 las cancelaciones de profesores durante los últimos diez años (incluyendo tanto sanciones como pérdidas del trabajo)⁴. Eso duplica las acciones contra profesores sospechosos de comunismo en el Estados Unidos de los años cincuenta bajo la política macartista⁵. Como documentan los autores de esta obra, Rikki Schlott y Greg Lukianoff, se trata de una curva claramente ascendente, que en el último cambio de década llegó a desbordar el trabajo de las instituciones preocupadas por la libertad académica⁶. Aunque las causas célebres datan de hace unos diez años, lo cierto es que el fenómeno no está retrocediendo. Lo que sí ha cambiado es que actualmente son muchas más las personas dispuestas a enfrentar esta tendencia. Pero, al menos en algunos lugares, esta se sigue consolidando.

Junto con ampliarse el número de casos, este tipo de práctica se está extendiendo a campos en los que era casi inexistente hace una década. El mundo editorial, por ejemplo, solía operar en un principio con criterios considerablemente más generosos que las grandes universidades: la diversidad ideológica de las editoriales, incluidas las universitarias, parecía a salvo de la tendencia homogeneizante del sistema de educación superior. Sin embargo, ha comenzado a ser común que se rescindan contratos a libros con temáticas sensibles (como los de Nigel Biggar sobre el colonialismo y los de Alex Byrne

4 Rikki Schlott y Greg Lukianoff, *The Canceling of the American Mind* (Nueva York: Simon & Schuster, 2023), 26–29.

5 Schlott y Lukianoff, *The Canceling of the American Mind*, 222.

6 Junto a la Foundation for Individual Rights and Expression véase también The Heterodox Academy.

o Holly Lawford-Smith sobre género)⁷. En este contexto puede considerarse también la publicación mutilada de textos, como ocurrió en 2023 con las obras de Roald Dahl (para cuya revisión la editorial contrató un conjunto de “lectores de sensibilidad”).

Al mismo tiempo, es pertinente preguntarse por la medida en que este fenómeno, cuyos orígenes y principales manifestaciones son estadounidenses, se ha expandido al resto del mundo y a nuestro país. Pareciera, al menos, que aquí no se ha desplegado con la misma intensidad. Existen allá rasgos que lo intensifican y que no son parte de nuestra vida universitaria, como la costumbre de residir en el campus, lo que disminuye la interacción con voces ajenas al mundo universitario. Pero, al mismo tiempo, debemos notar que la cultura de la cancelación reposa sobre una cierta mentalidad que sí se ha exportado de modo eficaz y que, con otras manifestaciones (como la “funa”), opera en nuestro medio desde esas mismas premisas. Sin ir más lejos, el conflicto palestino-israelí ha sido ocasión para que esta práctica se extienda en diversos países (con distinta orientación según el caso). A propósito de esto, pero también de muchas otras materias, la profesora Briceño antes mencionada afirmaba este año que “la UMCE es una universidad donde tú tratas de pasar desapercibido por temor a funas. Los mismos estudiantes tienen temor a la funa”⁸. Al margen de las cancelaciones a individuos, la universidad completa ha sido, hasta cierto punto, la cancelada. En la medida en que jóvenes formados en dicha mentalidad se insertan en la vida laboral y política, es razonable preguntarse por cuánto tiempo continuará su expansión también en nuestro medio.

7 Para estos casos, véase Nigel Biggar, “Anatomy of a Book Cancellation”, *Compact Magazine*, 2 de febrero de 2023, <https://compactmag.com/article/anatomy-of-a-book-cancellation>; y Alex Byrne, “Philosophy’s No-Go Zone”, *Quillette*, 17 de abril de 2023, <https://quillette.com/2023/04/17/philosophys-no-go-zone/>.

8 Antonia Domeyko, “Gladys Briceño. La cancelación de una profesora universitaria” en *Revista Sábado*, 29 de junio de 2024.

2. Singularidades de la censura contemporánea

Una vez que ha quedado clara la importancia creciente del problema, vale la pena precisar algo más sus características. De partida, porque el término se usa a veces de modo abusivo para rechazar toda crítica como si fuera una cancelación. Naturalmente no es así, aunque pueda haber formas de crítica que sí constituyan un hostigamiento tendiente a bloquear la expresión de ideas. Sin embargo, la naturaleza del fenómeno también tiene que ser precisada, porque siempre han existido formas de censura y cabe preguntarse por qué asignar un nombre nuevo —cultura de la cancelación— a su versión actual. Lo que hoy observamos, de hecho, son acciones de censura generalizadas en una sociedad que pretende haber dejado la censura atrás. En cierto sentido estamos ante un fenómeno perenne, pero ciertas singularidades presentes lo hacen digno de ese nombre propio y de que subrayemos sus rasgos particulares⁹.

No estamos, en otras palabras, ante una simple “recaída” en algo “medieval” o en medio de una “neoinquisición”, sino frente a la forma contemporánea de una tentación permanente. Por lo mismo, para comprender el fenómeno debemos subrayar los elementos de nuestra cultura que permiten explicar su presencia. Esos elementos comenzaron a ser estudiados ya en la primera mitad del siglo XIX por Tocqueville, quien en *La democracia en América* advertía de una nueva forma de tiranía. Se trataría, según Tocqueville, de una patología distintivamente moderna y democrática: viéndose como iguales, a los hombres les cuesta considerar como autoridad a algún otro en particular, pero al mismo tiempo “aumenta la disposición a creer en la masa”¹⁰. Este cambio en el lugar de la autoridad intelectual se encuentra tras toda su reflexión sobre la “tiranía de la mayoría”. Dentro de cierto límite, y mientras la mayoría aún no se ha pronunciado, reina en el mundo democrático libertad

9 En el mismo contexto subsisten, por supuesto, formas de censura con motivos más “tradicionales”. Véase la expulsión de una académica por poner en riesgo la inversión China en universidades inglesas. “UCL bans lecturer from China course to protect its ‘commercial interests’” en *The Telegraph*, 8 de marzo de 2024. <https://www.telegraph.co.uk/news/2024/03/08/ucl-bans-lecturer-china-course-save-commercial-interests/>

10 Tocqueville, 712.

para el pensamiento. Más allá de ese límite, sin embargo, surge con rapidez la “opinión dominante”, cuya fuerza Tocqueville ya captó en su época. Sus instrumentos de persecución pueden ser difusos o sutiles —según el pensador francés, se huiría de quienes sostienen opiniones impopulares como si fuesen seres impuros de cuyo contagio habría que cuidarse¹¹—, pero sin perder por ese carácter inmaterial nada de su eficacia.

No obstante, en nuestra situación no solo pesa el complejo fenómeno de la opinión dominante analizado por Tocqueville, sino también lo que se ha dado en llamar “cultura terapéutica”. En efecto, un amplio número de los problemas aquí tocados encuentran su raíz en la realidad descrita por Philip Rieff en *El triunfo de lo terapéutico: el surgimiento de un “hombre psicológico” indiferente a todo credo*¹². Al penetrar la universidad, esta mentalidad ha añadido una poderosa razón más para “cancelar”: el daño que sufre la audiencia cuando se le enfrenta con ideas que la obligan a cuestionar sus presupuestos. Si otrora el concepto de daño era fundamental al momento de promover la libertad de opinión —la autoridad solo debía impedir el daño a terceros—, un expansivo concepto de daño, que incluye variadas formas de daño psicológico, tiende a restringir dicha libertad. Una nueva concepción del yo, en otras palabras, necesariamente trae consigo una nueva concepción de qué cosas son dañinas para ese yo. En la medida en que el bienestar estudiantil comienza a situarse como preocupación universitaria fundamental, parece claro que este aspecto del problema tenderá a seguir creciendo.

Entonces, no es simplemente que haya una nueva ortodoxia a la cual ajustarse, sino que ante todo se evita incomodar emocionalmente, sosteniendo, en casos extremos, que algunas tesis “invalidan la existencia” de la contraparte. De ahí fenómenos asociados como la preocupación por las “microagresiones”, la necesidad de incluir advertencias (*trigger warnings*) antes de presentar material que pudiera generar malestar emocional, y la creación de verdaderas

11 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (Madrid: Trotta, 2010), 460–61.

12 Philip Rieff, *The Triumph of the Therapeutic* (Chicago: Chicago University Press, 1987).

salas de refugio (*safe spaces*)¹³. De ahí también una de las singularidades del momento actual: no se trata de un autoritarismo impuesto por un orden conservador sobre jóvenes rebeldes, sino de solicitudes de restricción que provienen regularmente del alumnado mismo. Este es uno de los rasgos que más claramente distingue la situación actual de las manifestaciones de censura del pasado.

¿Podemos atribuir domicilio político a esta tendencia? En principio parece que sí. La página web de FIRE (*Foundation for Individual Rights and Expression*) permite, por ejemplo, ordenar las instituciones que han cancelado invitaciones a profesores, clasificándolas según su orientación política o religiosa predominante. De este modo, cualquier usuario puede verificar fácilmente cómo a lo largo de los últimos veinte años ha predominado una cancelación desde la izquierda y primordialmente en instituciones seculares. Se trata, sin embargo, de la fotografía de un momento específico. Si desde la derecha, en el clima de la llamada guerra cultural, se levantan voces orientadas a “vencer a la izquierda con sus propias armas”, esta tendencia corre el riesgo de expandirse en lugar de controlarse. El resultado, naturalmente, puede tender a la destrucción de las universidades en lugar de su rehabilitación.

3. Consecuencias para la universidad y la sociedad

Existen, con todo, quienes minimizan de modo tajante el problema actual. Nos hablan de una “supuesta cultura de la cancelación” y sugieren que la preocupación por este fenómeno obedece al temor a perder privilegios¹⁴. Según esta posición escéptica, quienes arguyen haber sido cancelados son, en realidad, personas privilegiadas que seguirán siendo invitadas a innumerables espacios, que jamás carecerán de un lugar donde su voz sea escuchada. Y hay casos en los que esta observación puede ser, en algún sentido, pertinente. Hay

¹³ Para esto puede verse Jason Manning y Bradley Campbell, *The Rise of Victimhood Culture: Microaggressions, Safe Spaces, and the New Culture Wars* (New York: Palgrave MacMillan, 2018).

¹⁴ En la discusión nacional esta posición puede ilustrarse con Javier Sajuria “Cancelación y corrección del discurso en las universidades” en *La Tercera*, 3 de agosto de 2020.

personas que podríamos llamar “incancelables”: expulsadas de un lugar, siempre tendrán otra plataforma. No se puede callar, por ejemplo, a J. K. Rowling, por mucho que se la cancele. Eso está lejos, sin embargo, de justificar la gigantesca cantidad de críticas irracionales, insultos y efectivos intentos por silenciarla que ha recibido por sus opiniones sobre la transexualidad.

Y lo mismo vale para otras personas. Pero, además, quienes observan esta discusión con escepticismo pierden de vista el efecto que los intentos de cancelación tienen sobre el resto de la población. Al margen de cuán eficaz sea la censura en cada caso concreto, su existencia promueve la autocensura. Un profesor con amplia trayectoria puede no verse afectado por los intentos de bloquearlo, pero las mismas medidas —como ha subrayado la cientista política Pippa Norris— pueden producir una espiral de silencio en su entorno¹⁵. Si ese entorno es el universitario, se trata de un efecto que recae sobre profesores más jóvenes y estudiantes en formación. Esa es la primera y tal vez la razón más fundamental por la que se debe prestar atención a este problema. Lo que vemos son las cancelaciones visibles, pero no conocemos la magnitud de la autocensura.

En segundo lugar, debemos notar que esto refuerza la tendencia a la homogeneidad ideológica del mundo académico. El explosivo aumento de dicha homogeneidad en las últimas décadas se encuentra bien documentado (una vez más, en lo que se refiere a las universidades norteamericanas). En varias disciplinas, la distribución ideológica del profesorado ha llegado a cinco profesores de tendencia progresista por uno de tendencia conservadora¹⁶. Dependiendo de la materia y de si uno toma como criterio de demarcación una orientación de derecha/izquierda o la toma de posición ante materias específicas como el aborto, ese contraste puede no solo crecer a 14:1, sino incluso a 314:1¹⁷. Esto ha corrido en paralelo a una tendencia a privilegiar otros

15 Pippa Norris, “Cancel Culture: Myth or Reality?”, *Political Studies* 71, n.º 1 (2023): 145–74.

16 Yoel Inbar y Joris Lammers “Political Diversity in Social and Personality Psychology” en *Perspectives on Psychological Science* 20, 1–8. http://yoelinbar.net/papers/political_diversity.pdf

17 Véase Jonathan Haidt, “New Study Indicates Existence of Eight Conservative Social Psychologists” en The Heterodox Academy, 7 de enero de 2016. <https://heterodoxacademy.org/blog/new-study-indicates-existence-of-eight-conservative-social-psychologists/>

tipos de diversidad —cultural y de género—, de modo que, paradójicamente, se cree estar ante una simultánea diversificación de la universidad¹⁸. El problema, desde luego, es que precisamente el tipo de pluralismo que es más central para la búsqueda de conocimiento —la diversidad de puntos de vista o visiones de mundo— es el que ha decrecido. Como es natural, esa realidad altera no solo el estado de las distintas disciplinas, sino también la relación entre la universidad y la sociedad.

Dirijámonos, por último, a la brecha entre esos dos espacios. En ciertos registros, la sociedad puede ser más plural que la universidad, y esta puede ser en otros planos más plural que el mundo en que está inserta. Dado que la universidad tiene una función específica —no se trata simplemente de vivir juntos—, esta disparidad no es de modo alguno problemática. El deber de la universidad no es ser caja de resonancia de la diversidad existente en la sociedad. También es cierto, sin embargo, que la universidad procesa un saber que la precede y que tiene tareas fundamentales respecto de la sociedad que la sostiene. Esto se vuelve especialmente importante una vez que consideramos su condición de formadora de futuros liderazgos culturales y políticos. En generaciones previas, una parte significativa de dichas dirigencias provenía de otras instancias, pero hoy surgen de modo casi exclusivo de la universidad¹⁹. Esto es tan cierto para el contexto norteamericano como para el chileno, donde la política universitaria no solo se ha vuelto fuente de liderazgos específicos, sino también de la mentalidad dominante en el espacio político. Cuando esto es así, el tipo de cultura que reina en los campus universitarios obviamente adquiere importancia ulterior: las opiniones cultivadas en el resto de la ciudadanía pueden volverse invisibles e incomprensibles a una élite académica y política que en su formación no tiene la oportunidad de tratarlas como opinión relevante.

18 Para las importantes diferencias entre estos tipos de diversidad Manfred Svensson, *Pluralismo. Una alternativa a las políticas de identidad* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2022).

19 Para la importancia de este punto véase Mark Lilla, *El regreso liberal: Más allá de la política de la identidad* (Barcelona: Debate, 2018).

4. Lo que está detrás

Para finalizar, debemos plantear algunas consideraciones respecto de las causas de la cultura de la cancelación. Si dejamos este aspecto para el final es por una razón muy sencilla: según el tipo de causas que se tenga por prioritarias habrá distintas expectativas respecto de un eventual retroceso de esta tendencia y diversas propuestas para enfrentarla. Quien atribuya el problema, por ejemplo, a una tendencia ideológica específica (como la prevalencia de la izquierda en las universidades), pensará que debe concentrar ahí sus esfuerzos. Pero como es obvio, se trata de un fenómeno multicausal. Tras la cultura de la cancelación hay algunas tendencias intelectuales nítidamente identificables, otras culturales más amplias y difíciles de delimitar, y hay, por último, una cierta idea de la función de la universidad que también converge con la cancelación. Detengámonos brevemente en cada una de estas dimensiones, que en muchos casos se entrecruzan y potencian recíprocamente.

La frontera entre las dimensiones culturales y las raíces filosóficas del problema son difíciles de trazar: parece ser un fenómeno demasiado grueso como para buscar sus raíces de modo muy directo en alguna filosofía en particular, y hay materias —como, por ejemplo, el victimismo— ante las que la frontera entre las dimensiones culturales y las intelectuales parece borrarse. Pero es evidente que el problema tiene una importante dimensión intelectual. Apenas triunfó el movimiento de los estudiantes californianos por la libertad de expresión a comienzos de los años sesenta, surgieron quienes sostenían que dicha libertad debía limitarse cuando se trataba de los sectores “regresivos” de la sociedad. El argumento se encuentra célebremente desarrollado en *La tolerancia represiva*, de Herbert Marcuse, donde argumenta de modo explícito por la exclusión de posiciones conservadoras para así garantizar la irrupción de una sociedad libre. Vale la pena notar que entre las tesis dignas de censura considera ahí incluso las relativas al alcance que deba tener la seguridad

social. Todo un elenco de posiciones legítimas comenzó así a ser considerado como intolerable²⁰.

Ahora bien, aunque Marcuse sea una fuente relevante para la nueva izquierda, esta mentalidad se encuentra difundida más allá de ella. Esto puede explicarse, en gran parte, por la fuerza de la idea de progreso y la constante tentación de creer que en las ciencias humanas ciertas visiones del hombre pueden ser dejadas atrás, que una creciente homogeneidad de las disciplinas (y de la discusión política) no constituye por tanto un problema. Ante esto parece fundamental recordar que, si bien hay áreas del saber en las que hay progresivo descarte —y, como escribía Mill, “va constantemente creciendo el número de doctrinas que dejan de ser objeto de discusión”²¹—, en las humanidades y ciencias sociales existen visiones rivales alrededor de las cuales cabe esperar, en cambio, una persistente disputa. Las diferencias entre las posiciones que podemos llamar progresistas y conservadoras, o materialistas y teístas, u otras, no son objeto de refutación empírica (aunque sí pueda haber corrección de una posición por esa vía), sino que se sitúan en un plano normativo.

Pero como señalamos, esto se cruza con un conjunto de tendencias culturales muy amplias, entre las que cabe mencionar tanto el fenómeno particular del victimismo como, en términos más generales, la política identitaria que lo alberga. No basta, sin embargo, con nombrar este tipo de tendencias. Haidt y Lukianoff, por ejemplo, han prestado especial atención al efecto de hogares sobreprotectores —donde el desarrollo de la tolerancia a la frustración, entre otras cosas, tiende a ser deficiente— sobre la actual generación de estudiantes²². No es solo que en nuestra cultura política haya alimento para la cultura de la cancelación, sino también en rasgos más específicos de nuestra

20 Véase April Kelly-Woessner, “How Marcuse Made Today’s Students Less Tolerant Than Their Parents” en *Quillette* 1 de marzo de 2016. <https://quillette.com/2016/03/01/how-marcuse-made-todays-students-less-tolerant-than-their-parents/>

21 John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, trad. Pablo de Azcárate (Madrid: Alianza Editorial, 2001), 111.

22 Así lo notaban ya en Jonathan Haidt y Greg Lukianoff, “The Coddling of the American Mind” en *The Atlantic*, septiembre 2015.

cultura doméstica e institucional. Incluso la falta de juego libre la consideran un factor relevante en estas discusiones²³. Y una vez que se cruza la paternidad sobreprotectora con la preocupación por el bienestar estudiantil, con el ideal de empoderamiento, con la visión del estudiante como cliente, y con la necesidad de captar y mantener conformes a tales clientes se tiene un conjunto de fuerzas que convergen muy bien con las razones ideológicas que empujan a esa mayor homogeneidad. En la medida en que se atribuya un lugar importante a este tipo de causas, un eventual retroceso de la política identitaria no bastará para acabar con la cultura de la cancelación.

Por último, conviene detenerse en el modo en que distintas concepciones sobre el fin de la universidad contribuyen a configurar el escenario que hemos descrito. Estos fines en conflicto pueden ser descritos sencillamente como “justicia social”, por un lado, y “verdad”, por el otro²⁴. La justicia social ha sido, en efecto, el candidato predilecto de las últimas décadas para reemplazar a la verdad como *telos* de la universidad. Bien cabe decir que dicha tendencia se alimenta del llamado a transformar el mundo en lugar de comprenderlo, un llamado que ocupa un lugar importante en la vida intelectual moderna y que de ningún modo se reduce a la clásica formulación de Marx. Si se entienden como sometidas a ese deber, no es raro que las universidades se vean obligadas a tomar posición ante el rumbo del mundo y la sociedad, y que dicha toma de posición constituya dentro de ellas una cultura dominante como la que aquí hemos discutido. La reafirmación de la verdad como su *telos* fundamental —sin que ello quite nada de su compleja relación con la sociedad circundante— es condición básica para responder a este clima²⁵.

23 Véase la discusión más detenida en Jonathan Haidt y Greg Lukianoff, *Malcriando a los jóvenes estadounidenses* (Santiago: Fundación para el progreso, 2018).

24 Para esto véase la conferencia de Jonathan Haidt, “Why Universities Must Choose One Telos: Truth or Social Justice” en <https://heterodoxacademy.org/blog/one-telos-truth-or-social-justice-2/>

25 Si durante la última década varias universidades reforzaron sus reglamentos en defensa de la libertad de expresión, parece un positivo desarrollo que se sume ahora la decisión de no emitir en cuanto instituciones declaraciones sobre tópicos en debate. Emma Haidar y Cam Kettles, “Harvard Will Refrain From Controversial Statements About Public Policy Issues”, *The Harvard Crimson*, 28 de mayo de 2024.

Otras claves IES

“Muerte digna” y cuidados paliativos en Chile

4 CLAVES PARA EL DEBATE

Javier Bellolio A.



ies instituto de estudios de la sociedad

Claves para el debate (Santiago: IES, abril de 2024)

Protección social y transferencias monetarias

4 CLAVES PARA EL DEBATE

Álvaro Vergara, Patricio Órdenes y Luciano Quezada



ies instituto de estudios de la sociedad

Claves para el debate (Santiago: IES, noviembre de 2023)

¿Un Estado de bienestar para Chile?

5 CLAVES PARA EL DEBATE

Guillermo Pérez C.
María Asunción Poblete R.



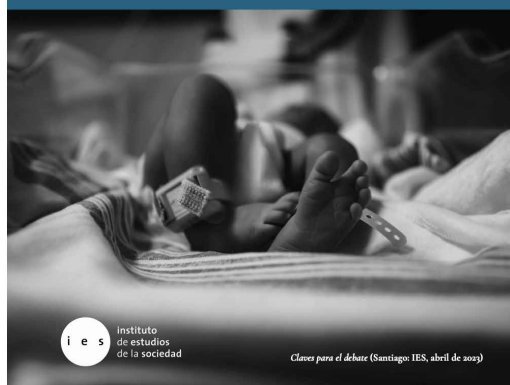
ies instituto de estudios de la sociedad

Claves para el debate (Santiago: IES, abril de 2023)

Gestación subrogada

4 CLAVES PARA EL DEBATE

Catalina Siles
Javier Bellolio



ies instituto de estudios de la sociedad

Claves para el debate (Santiago: IES, abril de 2023)